

BREVES APUNTES SOBRE LA ACTUAL COYUNTURA POLITICA Y ECLESIAL EN
AMERICA LATINA, CON PARTICULAR REFERENCIA A LA
SITUACION DEL LAICADO

NOTA: Se arriesga aquí a presentar en unos escasos apuntes un cuadro de la coyuntura actual -tanto política como eclesial- de América Latina; puede parecer y resultar desmesurado, cubriendo con el simplismo y el esquematismo la heterogeneidad y complejidad de la situación presente de la región.

Y, sin embargo, se considera que vale la pena intentar, aunque se trate de una mera y genérica aproximación provocativa, de un esbozo a pinceladas, de una "impresión general" a través de rápidos y sucesivos "flashes" de una realidad más global.

Estos breves apuntes son complementarios del extenso documento sobre "Anotaciones panorámicas acerca de la situación del laicado en América Latina", presentado en la última Asamblea General del Consejo de los Laicos (doc. adjunto). Se evitará, pues, en lo posible, de repetir tal documento, al cual es necesario remitirse.

1) El "clima caliente" de la década latinoamericana del 60...

Para comprender mejor la "nueva coyuntura" que parece abrirse y configurarse en los 2 ó 3 últimos años en América Latina, es necesario partir como base de referencia del proceso vivido en la región durante la década del 60.

En 1960, y con la revolución cubana se desató y difundió por toda América Latina un período de intensa aceleración histórica, de viva ebullición social e ideológica, profundamente conflictivo que sacudió y marcó el conjunto de grupos humanos e instituciones de la región. Fue la década de la primera revolución socialista en América Latina, del nacimiento, reproducción y muerte de los movimientos guerrilleros (que subsisten por "aberración" histórica en la Argentina), del triunfo y desarrollo de la experiencia del Gobierno de Unidad Popular en Chile, de la crisis económica, social y política más seria de la historia moderna de América Latina marcada por la conciencia radical de la dependencia neocolonial y el "colonialismo interno" sufrido por las mayorías populares, sacudida por la radicalización de las luchas políticas y sociales y en la cual adquieren participación relevante dos instituciones tan importantes en toda la historia latinoamericana como el Ejército y la Iglesia.

América Latina se "sentía" en situación pre-revolucionaria, palpitante de aspiraciones de liberación de sus pueblos, urgida en el dilema de "reformas o revolución" o en torno a la discusión de las estrategias o "vías" para su consecución. El marxismo cobraba nuevo impulso teórico y práctico y marcaba profundamente todos los niveles de discusión de la problemática latinoamericana y las categorías conceptuales de las élites militantes en el proceso pre-revolucionario de la región. La "opción socialista" se ponía a la orden del día y parecía posible concretarla en realizaciones históricas a corto plazo.

Tal, una caracterización sumamente esquemática del "ambiente", el "clima", la "atmósfera" que impregnaba la vida latinoamericana en sus corrientes dinámicas y que condicionaba el conjunto de la vida en América Latina y condicionaba también, pues, la vida de la Iglesia latinoamericana...

En efecto, no se puede olvidar que los profundos efectos renovadores del Concilio Vaticano II en las Iglesias de América Latina abre y lanza de golpe a éstas al servicio de su mundo concreto de encarnación y evangelización, que, es justamente, la tremenda y conflictiva América Latina del 60. Se inicia así y se engendra un gigantesco movimiento de revisión de vida de la Iglesia impuesto por la "latinoamericanización" de su acción, su vida pastoral y su mensaje. Las Iglesias se "aggiornan" con enorme rapidez al aceleradísimo ritmo latinoamericano de entonces: de la privatización de la vida religiosa al retorno al dominio público y político, lectura de los "signos de los tiempos" latinoamericanos, comprensión más profunda y global de las causas generantes de la injusticia institucionalizada, simpatía solidaria con los problemas y aspiraciones populares, proclama del mensaje evangélico de justicia y liberación, denuncias proféticas, crecientes y permanentes tensiones y choques entre Iglesias y Estados, et., etc. Se cuestiona la pastoral tradicional, la propia Iglesia se vuelve internamente conflictiva, la "desestructuración" deja profundas huellas, alentada ésta por categorías teológicas secularizantes del mundo nord-atlántico, se ensayan nuevas experiencias y modelos en todos los campos y niveles de vida eclesial, la noción del Pueblo de Dios adquiere singular dinamismo, operatividad y hasta combatividad en su oposición esquemática y torpe a la llamada "Iglesia institución" y el "compromiso político" absorbe la preocupación y la acción de los "laicos comprometidos". También el "análisis marxista" y la "opción socialista" toman carta oficial de ciudadanía en algunos grupos eclesiales...

Tal latinoamericanización y ebullición eclesial, que suponía a grosso modo un enorme y positivo salto cualitativo de la vida eclesial, se condensa -en sus rasgos más positivos- en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968), que da nuevos impulsos y elementos críticos a un proceso de marchas y contramarchas, replanteos teológicos (se desarrolla la "teología de la liberación") y pastorales, promesas y realizaciones de significación evangélica y evangelizadora y, al mismo tiempo, crisis de identidad y desorientación.

2) Nueva coyuntura -y perspectivas- en la década del 70.

En los primeros años de la década del 70 parece asistirse ya a un cierto agotamiento y crisis de las corrientes e impulsos determinantes de la década del 60 a partir de los dos últimos años del proceso latinoamericano. Ello no supone que los mismos o similares desafíos no continúen siendo determinantes para los años actuales y por venir: el paso de la situación agro-urbana al desarrollo acelerado de su propia "revolución industrial" y las condiciones y consecuencias que se derivan, como la necesaria "revolución cultural" (revolución científica con la elaboración de las nuevas filosofías, nuevas ciencias sociales y nueva tecnología...), como la profunda y radical transformación de condiciones de vida de sus pueblos en el combate por su participación en todos los niveles de decisión de la sociedad, como la progresiva conquista de su autonomía frente a una situación de dependencia, como el esfuerzo de integración hacia su "unidad nacional" contra la disgregación impotente de sus Estados balkanizados.

Tampoco significa que la década del 60 no haya abierto caminos.

Pero, eso sí, en los últimos años han cambiado de tal modo las condiciones políticas, que una nueva coyuntura exige replantear similares problemas desde una base diversa. La neutralización y aislamiento de una Cuba cada vez de ~~nueva~~ nueva significación, el fracaso de las guerrillas, la caída del Gobierno Allende en Chile y el impacto mayor de nuevos fenómenos (particularmente el ascenso pujante y expansivo del Brasil, y en segundo lugar, la afirmación del proceso revolucionario en Perú, el retorno peronista al poder -fenómeno nacional y popular- en el complejo juego de fuerzas de la Argentina, las nuevas condiciones creadas por la crisis energética y las reservas petrolíferas de algunos países, etc.), todo ello cambiará la "atmósfera" y el "clima" vivido durante la década del 60. Por otra parte, ello se encuadra hoy en un contexto mundial en que se afirma la coexistencia y mismo la concertación y hasta el "reparto" de las 2 grandes potencias y los principales "focos" de tensión se desplazan predominantemente a otras regiones.

Salvo en contadas excepciones, la ausencia de "espacio político abierto" en la mayoría de los países latinoamericanos -que en algunos está acompañado de represión arbitraria y generalizada- ha impuesto por fuerza un mayor realismo en las élites, que muchas veces se manifiesta en mayor serenidad crítica y otras en cansancio, desaliento, desoncierto... La dureza y complejidad de los hechos destroza todas las utopías y agota la literatura y palabrería de proclama. Todo lo que ha sido propio de la "moda", proclama superficial, mazacote ideologista, buenos deseos idealistas y voluntaristas... todo ello pierde pie y se repite sólo encerrado en una inercia infecunda. Hasta las denuncias -tan legítimas tantas veces y necesarias- se repiten sin eficacia.

Ya solo unas pocas cabezas calientes descolocadas y aventureras pueden soñar con la "revolución inminente" o a corto plazo. Por el contrario, se impone la conciencia realista que el proceso de trans-

formación de las condiciones de vida en la región se debe prever en tiempos largos. La paciencia, la prudencia y la esperanza -en el mejor de sus sentidos y por ello amalgamadas con la osadía- cobran nuevos relieves vitales. Es tiempo para hombres duros y firmes, de convicciones arraigadas, serenos a pesar de todo y rigurosos para consigo mismos y en el análisis de la situación.

La "opción socialista" sólo se puede proclamar en general en la utopía sin historia. Las "izquierdas" se quedan sin estrategia. Las fuerzas marxistas pierden peso y perspectivas en América Latina, sea a causa de su represión, sea por una mayor conciencia crítica que se desarrolla sobre su acción en la historia latinoamericana, sea por su incapacidad de repensar y asumir la nueva coyuntura abierta. Y si las categorías conceptuales marxistas continúan a tener su relevancia en las élites, la situación señalada previamente les va quitando base y peso histórico y político.

Los esquemas bipolares de análisis -tales como los que se refieren a "dependencia-liberación", "opresores-oprimidos"-, aun cuando apunten genéricamente a situaciones bien reales y dramáticas, demuestran su insuficiencia ante la necesidad de afinar consideraciones desde más variadas perspectivas y a un nivel de mucha más concreción ante la complejidad de la coyuntura presente.

En síntesis: aquellos desafíos fundamentales de América Latina se visualizan hoy como problemas de incalculable complejidad y dificultad para su resolución histórica.

Y, sin embargo, la nueva coyuntura puede abrir nuevas y ricas perspectivas. Renace un cierto nacionalismo popular. Hay una mucho mayor autoconciencia latinoamericana, aunque América Latina deja de ser un triángulo gris y homogéneo para ser apreciada en todo su dinamismo geopolítico, desigual y contradictorio. Adquiere fuerza y resonancia la necesidad de una nueva "reconciliación" -respetuosa de la justicia y la verdad- en sociedades que han sufrido -y sufrirán seguramente- desgarramientos muy duros. El sufrimiento, el enorme costo humano y social sufrido, exigen una apertura hacia una justa reconciliación -lejana de una simple y pura inhibición de tensiones y conflictos necesarios en la lucha por la creación de una nueva sociedad, más justa y fraterna- como condición de todo nuevo "proyecto nacional" que quiera contar con las energías de los pueblos. Se abren nuevas perspectivas para la formulación de nuevos "proyectos históricos" para los pueblos de América Latina, aunque en general el timón del poder y la conducción política sea en la mayoría de los países inaccesible para las mayorías que debieran realizarlos.

3) La Iglesia en la nueva coyuntura histórica de América Latina

No es posible pensar en un cambio "mágico" de la Iglesia en los últimos años, ni pensar en la posibilidad -que diríamos irrealizable y también absurda y negativa- de un "regreso" a tiempos, modelos y rutinas viejas y superadas. Profundos aspectos determinantes de la vida eclesial en la década del 60 son adquiridos y digeridos como patrimonio de las Iglesias de América Latina -y aún de la Iglesia universal- aunque

subsistan situaciones y actitudes puramente conservadoras o nostálgicas. Una Iglesia mucho más integrada al dinamismo latinoamericano de conjunto, su viva sensibilidad y compromiso por la justicia en solidaridad privilegiada con sus sectores populares, la conciencia de las estructuras de pecado reinantes, su proclama de la liberación integral, el replanteo de su evangelización en las condiciones reales de la vida latinoamericana, etc... Todo ello continúa vigente y comienza ya a formar parte de su tradición presente.

Pero la nueva coyuntura que referimos también alimenta la exigencia de una mayor serenidad crítica y autocrítica de las Iglesias en América Latina.

Después de 10 años de vertiginosas transformaciones en consonancia con el ritmo de la América Latina del 60, se aprecia ahora una cierta fatiga con que culmina un galope sostenido.

El adecuamiento de su misión en las condiciones de la actual situación latinoamericana la lleva a revisar críticamente su experiencia de los últimos 10 años. Experiencia riquísima y compleja, transformadora en situación crítica de tránsito, ha sufrido un cierto decantamiento con el correr del tiempo y es ya posible evaluarla con más distancia y perspectiva.

La reproposición alternativa de modelos pastorales "tradicionales" no funciona, aunque se recuperen progresivamente aspectos muy válidos de una tradición histórica hasta entonces poco conocida y esquematizada. Algunos nuevos ensayos pastorales -muy influidos por corrientes teológicas de la "renovación" de las Iglesias del mundo secularizante, neopositivista y permisivo ~~y hasta~~ del neocapitalismo moderno- han naufragado en el pantano. Se intenta la reformulación -aún muy imprecisamente- de nuevos y más sólidos proyectos pastorales, que sepan combinar lo "tradicional" con lo "moderno" en respuesta equilibrada a los desafíos de la misión en América Latina.

La teología de la liberación -más allá de aspectos fundamentales comúnmente aceptados- se diversifica en corrientes de teología de la liberación muchas veces encontradas. Hay también la "distancia" y perspectiva para evaluar críticamente sus bases de reflexión y sus consecuencias pastorales. O se revisa críticamente desde sus fundamentos, refecundándose como teología eclesial o corre el riesgo de repetirse en generalidades. Aquellos de sus aspectos y formulaciones impregnados del "clima" y "atmósfera" de los años 60 se agotan con la década. Muchas perspectivas históricas, filosóficas, políticas y teológicas cooperan en su reformulación.

Un mayor realismo preside la acción de la Iglesia en el seno de Estados fuertes y poderosos. Lejos de cualquier sumisión indeseable, se toma mayor conciencia de los condicionamientos, limitaciones y posibilidades de la misión eclesial. No es posible pedir peras al olmo. La libertad de la Iglesia se conquista en el seno de tales condicionamientos y, muchas veces, las propias Iglesias aseguran al menos un espacio de libertad condicionada en el seno de situaciones de no-libertad.

Mucho más que la profusión de palabras, proclamas, denuncias -aun cuando necesarias- la Iglesia debe conocer de un trabajo pastoral al menos discreto, debe cuidarse de no gastar sus palabras de resonancia pública y de medir más precisamente sus consecuencias, debe recomponer su cuerpo social muchas veces desconcertado, dividido o disgregado.

Denuncia

Sin dejar de acentuar la importancia del compromiso político ("bien común") en la acción de la comunidad cristiana y de sus miembros -aun cuando su espacio de realización sea más restringido-, se observa un esfuerzo por ~~por~~ ampliar el campo temático de preocupaciones eclesiales; sin empujar necesariamente a todos los cristianos y a la comunidad a pasar por un embudo de salida estrecha y a veces tapada.

La sospecha de que el proceso de radicalización política y renovación eclesial en los años pasados se polarizara excesivamente en torno a la ebullición "ideológica" y directriz de élites de procedencia de sectores medios de la sociedad -sacudidas, fermentales e inestables ante las crisis y desafíos enormes asumidos- acentúa hoy un movimiento que es político y pastoral a la vez, de "vuelta al pueblo" como sujeto y agente colectivo de la historia secular y eclesial de América Latina. El desgaste y crisis de las élites laicales -que tanto aportaron al dinamismo conciliar y postconciliar en la región y que se "quemaron" en la asunción de desafíos quizás superiores a la consistencia de sus fuerzas, ayudando a abrir así nuevas vías y permitiendo hoy realizar un balance a un nivel más elevado- marca la importancia que hoy se concede a un proyecto de "pastoral popular", a partir del dinamismo de la cultura y de la religiosidad profundas y arraigadas, aunque muchas veces ambiguas, de las grandes mayorías latinoamericanas. En su seno, se destacan los desafíos de evangelización de sectores sociales decisivos y determinantes del futuro latinoamericano: el creciente y emergente mundo del proletariado industrial, el mundo campesino en tránsito de modernización y los sectores de la creación cultural.

Fundamentalmente, se entra en período de balance de los 10 años del post-concilio y algunos menos del post-Medellín. Balance que es revisión y asunción crítica y que, para superar la fatiga e inhibiciones, debe proyectarse en un nuevo y más profundo dinamismo evangélico y de evangelización de la actual América Latina. Tal parece la situación y dirección predominante, aún no muy definida y en tanteos, que es particularmente visualizable en la acción de un organismo de servicio colegial y unitario de tanta importancia como el CELAM (donde se expresa el nuevo "clima" y preocupaciones del conjunto uno y heterogéneo de las Iglesias del continente).

4) Situación del laicado

Mucho se ha dicho ya al respecto en el extenso documento presentado hace pocos meses a la Asamblea General -que creo continúa siendo vigente y válido- y poco es necesario agregar.

No es vano recalcar la importancia que tuvieron las élites laicales en el impulso y dinamismo de renovación conciliar en América Latina. En los años 60 les tocó vivir la acumulación de riquezas, conflictos, crisis y esperanzas palpitantes en el proceso acelerado de la década en la región y en sus Iglesias. Quizás fue un desafío superior a sus fuerzas y posibilidades, pero que ayudó a abrir nuevos rumbos y a permitir hoy un balance evaluativo a un nivel superior.

Es un hecho que, hoy, se observa una crisis bastante general de las élites laicales y de sus movimientos organizados a escala regional. Crisis de algunos por individualismo infecundo, de otros, por pérdida de identidad (doble impacto del marxismo y las teologías secularizantes); otros aún buscan su camino y equilibrio.

Salvo, quizás, los Cursillos de Cristiandad, y en menos medida, los Focolarini, el MFC, el MOAC y algunos brotes y restos menores, los otros movimientos o instituciones laicales aparecen como "gastados", sin dinamismos nuevos y potencia de difusión. Quedó en buena parte ya atrás el pantano ideológico-doctrinal en el que se movieron y tambalearon hace algunos años y tampoco son corrientes hoy los conflictos que desataron o sufrieron con los Obispos. Pero, aun cuando se anotan en general intentos de reorientación y revitalización, pesa la inercia de sus crisis y su trabajo progresa penosamente.

Buena parte de aquellas élites quedó por otra parte "quemada" o disgregada en el compromiso y luchas políticas.

Hoy se asiste, así, a un cierto desconcierto y preocupación de los Pastores respecto a cómo rearticular el laicado en el seno de las Iglesias locales y de la Iglesia en cada país. ¿Dónde está el laicado? se preguntan, atribuyendo tal condición a las élites dispersas. Porque el nuevo dinamismo evangelizador de las Iglesias sólo puede lograrse a partir de nuevas condiciones de participación del Pueblo de Dios en un nuevo proyecto pastoral.

¡Un modelo pastoral! en que se sepa qué hacer con el laicado para que sea activo y activante, participante en camino de maduración y corresponsabilidad en la misión de toda la Iglesia.

Está visto que no basta -aunque sea importante- el multiplicar los órganos de promoción, de corresponsabilidad y de coordinación (Departamento episcopal de apostolado seglar, Consejo Nacional de laicos, Consejo pastoral, etc.) a nivel superior y mismo a nivel parroquial si ello no responde a un crecimiento y maduración de la participación de las bases laicales de las Iglesias.

En algunas Iglesias -unas pocas- se ensayan las comunidades de base como instrumentos privilegiados de participación, con las riquezas y dificultades señaladas en el informe adjunto, añadidas a su radicación puramente local y a su impotencia en el orden de la evangelización "sectorial" (mundo obrero, intelectual, etc.).

En otras Iglesias -quizás las más- predomina una cierta inercia, que no va más allá de la participación litúrgico-sacramental del Pueblo de Dios y en donde coexisten esfuerzos aislados y no bien integrados en el conjunto pastoral de diversos movimientos o instituciones.

En algunas otras brota con fuerza la propuesta de una renovada "pastoral popular" re-evangelizadora, que aún no ha definido suficientemente los supuestos ni los modos concretos de su articulación global, ensayándose en experiencias aún parciales.